

UNA CRÍTICA DE LA TEORÍA DE FREUD ACERCA DE LA SEXUALIDAD INFANTIL *

Paul Chadoff

DE TODAS las manifestaciones del genio de Sigmund Freud, ninguna ha hallado más amplia aceptación ni ha ejercido mayor influjo en el mundo del psicoanálisis y el mundo intelectual en general, que su punto de vista sobre la vida sexual de los infantes y los niños pequeños y sus profundas consecuencias para el posterior desarrollo de la personalidad, ya sea sano o patológico. No obstante, el acuerdo con estos puntos de vista no es general y muchos psicoanalistas, especialmente los partidarios de la posición llamada culturalista, rechazan las teorías de Freud sobre la sexualidad infantil. Me ha parecido, por diversas razones, que la acalorada controversia no se ha expuesto suficientemente a la luz de un examen objetivo de la evidencia real en que se apoyan estas teorías. Por ello, en una publicación anterior¹ emprendí un examen crítico del concepto freudiano de la sexualidad infantil, revisando su desarrollo histórico e investigando las evidencias sobre las que el concepto descansa, a la luz del conocimiento y experiencia ordinarios.

Con el presente trabajo, me propongo revisar y condensar este material, examinar algunas de las consecuencias, para el psicoanálisis, de una aceptación ciega de las teorías de la sexualidad infantil, y sugerir que a la vida sexual de los infantes y niños hay que acercarse no sólo adoptando la posición psicoanalítica clásica, sino, posiblemente con mayor fruto, en una forma que implica un retorno a los primeros puntos de vista de Freud sobre este tema, aunque sometiéndolos a modificaciones considerables.

Toda discusión sobre la sexualidad infantil ha de reconocer, en primer lugar, que el término, tal como es empleado en psicoanálisis, incluye mucho más que el comportamiento genital observable a primera vista o los sentimientos sexuales conscientes en la infancia. Por razón de que las ideas de Freud se desarrollaron gradualmente y por incluir el concepto no sólo observaciones, sino también inferencias y construcciones especulativas, no es fácil definir la sexualidad infantil en el sentido psicoanalítico. Se sostiene que gran parte del comportamiento patente y encubierto de los infantes y niños pequeños es internamente generado por un poderoso impulso sexual al interactuar con los objetos del medio ambiente, que este impulso cubre progresivamente las zonas oral, anal y fálica, que en medida creciente sus efectos se ven acompañados por una gran actividad mental encubierta bajo la forma de

* Presentado en el III Foro Internacional de Psicoanálisis. México, D. F., agosto de 1969.

¹ Chadoff, P., "A Critique of Freud's Theory of Infantile Sexuality", *American Journal of Psychiatry*, 123:5, noviembre de 1956.

temores, deseos, fantasías, identificaciones, etc., culminando todo en un estadio edípico universal que luego se ve sometido a una represión masiva, pero que, sin embargo, ejerce profundos efectos sobre el desarrollo posterior de la personalidad.

¿Cómo llegó Freud a estas formulaciones? Hacia 1890 Freud, en la plenitud de sus facultades, trataba enérgicamente de descubrir la *caput Nili* de la histeria. En parte como extensión de su estudio de la neurosis como tal, donde el papel de la tensión sexual no liberada le parecía innegable, llegó a convencerse cada vez más del papel de los traumas sexuales en la etiología de la histeria y descubrió también que la línea roja de la sexualidad en estos casos debía retrotraerse más y más hacia la infancia. El primer resultado de sus investigaciones fue la teoría de la seducción de la histeria, que, como es sabido de todos, hubo de rechazar por la incredibilidad de sus hallazgos. Al leer sus trabajos sobre el tema, escritos durante este periodo,* me parece difícil eludir la conclusión de que la descripción uniforme de los traumas sexuales precoces que él dedujo de sus pacientes era debida, al menos en parte, al efecto sugestivo de la abrumadora convicción de Freud de que tales experiencias tuvieron que ocurrir. Ello parece evidente, especialmente cuando uno se percata de que este periodo de sus investigaciones fue anterior al caso Dora, antes de que entendiera el poderoso influjo de la transferencia. Si aceptamos la posibilidad de que la sugestión influía en la configuración que daba Freud a lo relatado por sus pacientes, tendrá la misma aplicación bien sea que el material ofrecido por los pacientes se considerase como fantasías como ocurrió después de que Freud anunció el descubrimiento de la sexualidad infantil en una carta a Fliess, del 21 de Septiembre de 1897, o se explicase como recuerdo de eventos reales, como fue antes del derrumbamiento de la hipótesis de la seducción.

De todos modos, la reacción de la comunidad profesional, primero, y después de la intelectual en general, ante las ideas de Freud fue muy controvertida: indignados gritos y apelaciones al poder público, por un lado; por otro, aceptación entusiasta y ciega. Lo que faltó, como Rappaport ha señalado,* fue un periodo de experimentación empírica, con el resultado de que la sexualidad infantil se convirtió en tema de polémica más que de investigación científica. Por consiguiente, la teoría de la sexualidad infantil se ha ido transmitiendo con modificaciones relativamente insignificantes a través de generaciones de psicoanalistas, hasta lograr el *status* de dogma que distingue a los verdaderos creyentes de los heréticos.

Las publicaciones psicoanalíticas* sobre el tema están de acuerdo en que el concepto freudiano de sexualidad infantil se apoya en tres líneas principales basadas en evidencias:

- 1) Las perversiones sexuales de la vida adulta y la sexualidad adulta no genital.
- 2) Recuperación o reconstrucción de los sucesos de la vida sexual infantil en el curso del psicoanálisis.

* Las referencias indicadas con un asterisco pueden encontrarse en la bibliografía, bajo el número 1.



3) Observación directa de los infantes y los niños.

Mis comentarios sobre cada uno de estos puntos serán relativamente breves y consistirán, esencialmente, en resúmenes de los argumentos que expuse con más amplitud en el trabajo al que antes me referí.

1. *Las perversiones de la vida adulta y de la sexualidad adulta no genital*

La cuestión que aquí abordamos es si el hecho de que el infante parezca gozar al chupar el dedo y con la expulsión anal, puede tomarse en el sentido de que ese comportamiento representa una forma incipiente de las actividades de los adultos que obtienen satisfacción sexual de la estimulación anal u oral, como sostienen quienes defienden la teoría de la sexualidad infantil. Creo que se carece de evidencia convincente de que estas formas de comportamiento representen algo más que similitudes superficiales, "analogías de forma, de las cuales no podemos inferir nada acerca del significado o contenido erótico de la realidad psicológica del infante pequeño".²

Por otra parte, si consideráramos estas actividades pre-genitales como sexuales, en el mismo sentido que son sexuales las actividades genitales, aún apegándonos al empleo psicoanalítico de la palabra que denota la función de obtener placer de las zonas del cuerpo, tendríamos que aceptar la teoría de la libido y en general las teorías de la energía psíquica, en una época en que son objeto de fuertes ataques y en que se insta a los psicoanalistas a descartarlas por anacrónicas.³

2. *Recuperación o reconstrucción de la vida sexual infantil durante el psicoanálisis*

Esta evidencia, bajo la forma de una voluminosa masa de material caótico, diseccionado por medio del método psicoanalítico, proporciona la base principal para la teoría de la sexualidad infantil y, en realidad, es la única que Freud, al rechazar los métodos experimentales, creyó acertada para poner a prueba la verdad de cualquier proposición psicoanalítica. Es una cuestión disputada el que las proposiciones psicoanalíticas sean en realidad susceptibles de ser probadas o refutadas y aquí tan sólo podemos mencionarla, aunque resulta digna de citarse la afirmación de Rappaport: "la extensa evidencia clínica que podría parecer concluyente en cuanto a la consistencia interna del sistema deja de serlo si se aplican los criterios usuales de la ciencia, porque no hay una norma establecida para interpretar la observación clínica".* En ausencia de esa "norma de interpretación" extra-analítica, los reportes psicoanalíticos, a lo más, pueden ser heurísticamente convincentes, como algunos ciertamente lo son, pero otros dan la impresión de reiterar simplemente

² Wolff, P., "Psychoanalytic Research and Infantile Sexuality", *Int. J. Psychiat.*, 4:61, julio de 1967.

³ Holt, Robert, "Beyond Vitalism and Mechanism", *Freud's Concept of Psychic Energy, Science and Psychoanalysis*, Vol. XI, Edit. Jules Masserman, Grune and Stratton, Nueva York, 1967.

conclusiones preformadas, derivadas primeramente de la teoría más que de la observación. En todo caso, la recuperación o reconstrucción del material vital infantil, según se describe en la interpretación analítica de los casos, es claramente la respuesta ordinaria de los analistas a los críticos de la sexualidad infantil. No hay duda de que puede ocurrir, y de hecho se da, la recuperación de recuerdos perdidos en el curso del psicoanálisis, pero tampoco hay duda de que esto acontece sólo rara vez y los ejemplos en que la evidencia externa ha podido confirmar la validez del recuerdo son todavía más raros. Sin embargo, el primitivo punto de vista de Freud, según el cual el objeto de un análisis bien llevado es superar la amnesia infantil, de modo que puedan recobrase recuerdos perdidos, hace mucho que fue abandonada excepto, posiblemente, en Hollywood, y el mismo Freud, en 1938,* reconoció que con mucha frecuencia los recuerdos perdidos son irre recuperables y que lo que casi siempre sucede es que se reconstruye la vida infantil, lo cual logra el mismo resultado terapéutico que un recuerdo recobrado.

Por supuesto, se da una diferencia significativa entre un suceso específico recordado realmente por un paciente y una reconstrucción, que esencialmente consiste en un acuerdo entre el terapeuta y el paciente sobre la probabilidad de que ciertas cosas acontecieran en la vida pasada, acuerdo que, obviamente, está sujeto a la influencia en ocasiones deformadora del proceso de transferencia. Pero en la literatura psicoanalítica ordinaria, aun la reconstrucción de la vida temprana ha perdido importancia en cuanto instrumento terapéutico.* Este rechazo gradual de la confianza en la capacidad del analista para descubrir "lo que realmente sucedió" en la infancia y niñez del paciente debería suscitar dudas respecto a la confiabilidad de las teorías de la sexualidad infantil, elaboradas en los análisis de adultos neuróticos por medio de métodos que han sido puestos en tela de juicio. Porque, si los analistas no pueden ya recuperar con regularidad recuerdos de la infancia y niñez de sus analizandos y si ya no pueden confiar en su propia capacidad para hacerlo, surge la legítima pregunta de por qué esas tareas hayan podido ser más fáciles o se hayan realizado con mayor eficacia en los días antiguos y menos sofisticados del psicoanálisis.

3. *Observación directa de infantes y niños*

Desde los tiempos de Freud hasta el presente, los psicoanalistas han afirmado repetidas veces que la observación directa de los niños confirma las teorías sobre la sexualidad infantil derivadas del análisis de adultos.* ¿Cuán significativas son esas afirmaciones? Porque tan sólo recientemente se han introducido condiciones sujetas a control en la observación del comportamiento de los niños o en la interacción madre-hijo. Los anteriores reportes eran con frecuencia anecdóticos y no convincentes; a veces no llegaban más que a la vinculación de un significado psicoanalítico con una partícula del comportamiento, que también podría explicarse de muchas otras formas. La capacidad de los infantes o niños para hablarnos de lo que están sintiendo o haciendo, o no existe o es muy rudimentaria, y se ha señalado que las mis-

mas categorías con las cuales conceptualizan el mundo los niños pequeños son muy diversas de las de los adultos,* lo cual hace aún más difícil la comunicación con ellos acerca de estos temas. Más aún, como muchos de los temores y fantasías del estadio fálico-edípico están sujetos a una represión casi inmediata, hasta teóricamente sería improbable que conscientemente estén a disposición del niño.

Aunque las dificultades arriba mencionadas no sean probablemente tales que el método científico no pueda afrontarlas, existe un problema real: si en realidad esto se ha hecho hasta tal grado de certidumbre que podamos compartir la satisfacción de Peter Neubauer ante “la notable proeza del análisis de adultos, por cuanto que tantas de sus suposiciones sobre la sexualidad en la niñez, basadas sobre el trabajo reconstructivo con pacientes adultos en análisis han sido verificadas por análisis infantiles y por la observación directa de niños”.* Ciertamente no es ése el criterio de una autoridad tan conocida en el campo de la observación de los niños como Peter Wolff, quien no solamente afirma que “la observación directa de los infantes en la actualidad no corrobora las proposiciones psicoanalíticas sobre la primera infancia”, sino que también se muestra escéptico acerca de la posibilidad misma de que mediante la observación directa se experimenten y prueben críticamente las proposiciones psicoanalíticas acerca del temprano desarrollo psicosexual.

¿Qué conclusiones podemos sacar de esta revisión crítica de la evidencia para las teorías psicoanalíticas de la sexualidad infantil? Creo que un estudio objetivo de los hechos arribará al veredicto de que las proposiciones psicoanalíticas acerca de la vida sexual de los infantes y niños y su impacto sobre el desarrollo ulterior de la personalidad no pueden considerarse confirmadas y que debe ponerse en tela de juicio la afirmación de los psicoanalistas de que esto se ha logrado por medio del trabajo reconstructivo con adultos y de la observación de los niños. Ante la ausencia de suficiente comprobación empírica de estas proposiciones, quedan en pie cuestiones reales y significativas acerca de la naturaleza, origen, universalidad y consecuencias de la vida sexual de los niños.

Si se acepta la afirmación anterior y se admite que el tema de la sexualidad infantil merece una revisión, se siguen ciertas consecuencias para la teoría y práctica psicoanalítica. Pienso que estas consecuencias serán saludables, en vez de nocivas. Cuando fueron expuestas por primera vez, las ideas de Freud sobre la sexualidad infantil fueron al menos provocativas y estimulantes, pero estas ideas, en un grado excesivo, en vez de ser consideradas como hipótesis, han asumido el estado de dogmas, de modo que, cuando un psicoanalista se ve frente a una partícula de comportamiento, le resulta peligrosamente fácil “saber” qué significa en términos psicosexuales, sin llegar a examinarla realmente o aún reflexionar suficientemente sobre ella. El escepticismo respecto de la invariable corrección del código interpretativo que aprendió el terapeuta durante la etapa de su preparación implicará un esfuerzo en el sentido de dirigir la atención hacia este paciente particular y hacia su situación vital particular, con resultados que según el canon establecido, podrían alejarse de lo convencional pero que también podrían ser más significativos para su paciente y que hasta podrían constituir una contribu-

ción básicamente psicoanalítica al cuerpo de conocimientos sobre la conducta humana.

Se ha propuesto recientemente y con seriedad la tesis de que al psicoanálisis no le interesa en realidad la verdad en el sentido de establecer proposiciones causales comprobables acerca del comportamiento humano, sino que más propiamente se le debería considerar como un método para otorgar significado a la experiencia personal que con frecuencia resulta inexplicable para el individuo interesado.⁴ No estoy de acuerdo con este punto de vista y no vería con tranquilidad las actividades del terapeuta que tratase, sin una base fáctica, de dar algún sentido a la caótica vida mental de su paciente. Esa actitud me parece esencialmente manipulativa más que terapéutica en sentido psicoanalítico. Es también bien sabido que el papel del *insight*, en otro tiempo reverenciado como la piedra filosofal del cambio terapéutico en el psicoanálisis, ha perdido su posición y cada vez sufre una mayor devaluación como instrumento terapéutico. Estas dos corrientes en el campo del psicoanálisis, el escepticismo a propósito de la capacidad del psicoanálisis para descubrir lo que en realidad aconteció en la vida temprana de su paciente y su incapacidad para emplear este material a fin de ayudar a su paciente a cambiar, me parecen pertinentes al tema de mi presente trabajo. Si el psicoanálisis ha emprendido un camino cerrado al hacer hincapié en el desarrollo psicosexual innato en la infancia y niñez, es probable que el *insight* basado en la aceptación de estas proposiciones haya sido inefectivo al presentárselo al paciente, simplemente porque no ha sido verdadero o, al menos, ha sido incompleto. Dicho de otro modo, si el psicoanálisis ha tomado el rábano por las hojas, el curso de acción correctivo es tomarlo por la raíz, en vez de hacer de las hojas un símbolo sagrado e insistir en que nuestro paciente lo obedezca por su propio bien.

Si descartamos, o al menos vemos con escepticismo la noción de que el comportamiento sexual en los infantes y los niños incluye actividades orales y anales y que ese comportamiento es primariamente el producto del desenvolvimiento preordenado de un impulso sexual poderoso, innato y omnicompreensivo, podremos entonces aprovechar la proeza de Freud quitando las anteojeras de los ojos de una generación sexualmente inhibida y obligando a reconocer la realidad de fenómenos sexuales genitales en los niños bajo ciertas condiciones y en diversos grados. Nuestro cometido será entonces tratar de contribuir a la comprensión de esas condiciones y creo que nuestra atención se dirigirá entonces primariamente hacia el papel de los padres, más que hacia los niños mismos; encontraremos que la hipersexualización de las relaciones intrafamiliares no es una constante biológicamente determinada, sino un desarrollo patológico en ciertas familias conturbadas. Esta fue la tesis de Frieda Fromm-Reichman, y como resultará evidente después de reflexionar, representa un retorno a la observación original de Freud sobre del comportamiento seductor de ciertos progenitores respecto a sus hijos, antes de que su entusiasmo lo llevara a exagerar y universalizar la frecuencia de

⁴ Hirsch, Steven, “Letter to Editor”, *American J. Psychiat*, 124:146, 8, abril de 1968.

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.
Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.



FROMM-Online

los actos seductores de los padres, hasta el punto de rechazar la noción misma y atribuir el foco de la sexualidad primariamente al niño. Para los psicoanalistas, la vuelta a esta visión del comportamiento sexual en la infancia alentará el despliegue de habilidades y conocimientos psicoanalíticos en la investigación del hecho de que los padres transmiten información sexual a sus hijos en forma sana o nociva. Esta investigación ciertamente se apoyará en especial sobre la valiosa descripción realizada por Johnson y Szurek,⁵ de las formas sutiles y encubiertas en que múltiples variedades de *acting-out*, incluyendo el sexual, pueden ser fomentados por padres que, conscientemente, negarían estar haciendo algo parecido. Me atrevo a sugerir que los psicoanalistas emplearán con más utilidad sus esfuerzos en esta clase de investigación que en las inferencias inteligentes, pero imposibles de verificar, acerca del origen sexual infantil de casi todo aspecto del comportamiento adulto.

INVESTIGACIÓN PSICOANALÍTICA DE GEMELOS CON NEUROSIS *

Peter Becker

Introducción y Programa

“Constitución y vivencia. . . ¿cuál de los dos determina el carácter? En mi opinión, sólo se puede responder que *σαφμων και τυχη* (tanto el daimon como lo fortuito), y no el uno o el otro son determinantes”. Esto escribió Freud el 1 de octubre de 1911 en una carta a Else Voigtländer. En el año de 1956, Stengel expresaba sus esperanzas de ver realizarse un trabajo común de psicoanalistas y genetistas, en las siguientes palabras: “Possibly the time is not far off when psychoanalytically trained psychiatrists and geneticists, whose outlook and aims seemed incompatible not so long ago, will join forces to the great advance of mental science”.**

Para determinar el significado de “constitución y experiencia”, o de herencia y medio ambiente en el desarrollo de las neurosis, es apropiado el método de investigación basado en gemelos.

En el sanatorio de Tiefenbrunn, cerca de Gotinga, donde están internados pacientes con enfermedades psicógenas, y en el Instituto para Enfermedades Psicógenas, de la caja local de socorro, en Berlín, se ha efectuado en los últimos años, en colaboración con el Instituto de Genética Humana de Gotinga, un estudio de la neurosis en gemelos. Entre 1950 y 1968 se han analizado en Tiefenbrunn 24,194 pacientes, de los cuales, según sus datos, 233 habían nacido gemelos. En Berlín, entre 23,457 pacientes atendidos en el mismo periodo, 218 eran gemelos.

De los gemelos de Tiefenbrunn, 52 pudieron ser estudiados junto con sus hermanos mellizos, y 43 de los de Berlín. Es decir, de un total de 451 parejas de gemelos, 95 fueron incluidos en nuestra investigación. De los restantes 356 pares, o bien había muerto uno de los hermanos, o no se le podía localizar, o uno de ellos —o ambos— vivían en el extranjero o en la Alemania Oriental, o no se prestaban al análisis. De los gemelos con que se contó, sólo dejaron de estudiarse algunas parejas de ambos sexos, porque tal estudio no hubiese arrojado resultados científicos efectivos. Por otra parte, en nuestro material incluimos cinco parejas del mismo sexo, provenientes de otros lugares (dos homocigóticos y tres heterocigóticos).

* Presentado en el III Foro Internacional de Psicoanálisis. México, D. F., agosto de 1969.

** Posiblemente no esté tan lejano el día en que los psiquiatras y genetistas con preparación psicoanalítica, cuyas opiniones y objetivos parecían incompatibles hace no mucho tiempo, unan sus fuerzas para el mayor avance de las ciencias de la mente.

⁵ Johnson, A. y Szurek, S., “The Genesis of Antisocial Acting Out in Children and Adults”, *Psychoanal. Quart.*, 21:323, 1952.

